

El Eco de Cartagena.

Año XXVI.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7464

Preptos de suscripción.

CARTAGENA.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 5 id.—PROVINCIAS, tres meses, 7 50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11 50 id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Corresponsal en París para anuncios y reclamos, Mr. A. Loreta, 51 rue Caumar-tin, 61.

Números sueltos 15 céntimos.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

SABADO 25 DE SETIEMBRE 1886.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

ECOS DE MADRID.

24 de Setiembre de 1886.

Si un nove ista, ahora que están en moda las descripciones, hubiera referido tal como fué la cuartelada, insurrección, sublevación ó lo que fuere, que sorprendió en la noche del domingo último á los pacíficos habitantes de Madrid, es seguro que si el tal narrador no había sido ministro ó esto estaba llamado á serlo, los críticos más imparciales que hoy se usan, habrían asegurado que ni sabían lo que se pescaba, ni lo que describía era ni podía ser un pronunciamiento ni cosa parecida y en una palabra, que la tal narración no tenía piés ni cabeza.

Y sin embargo, en buena ley lo que no ha tenido piés ni cabeza, ha sido la sublevación, por más que ha costado lágrimas.... ¡y las que costará!

Léjos yo por fortuna de la atmósfera caliginosa de la pasión política, no hablaría del suceso que sorprendió á Madrid primero y luego á toda España, sino para sentir las desgracias que ha ocasionado. Pero mis Ecos no serían Ecos de la Corte si no diesen idea á los lectores de los efectos que en la vida íntima ha producido el inesperado paseo por las calles más céntricas y á deshora de unos cuantos soldados sublevados.

Cuéntase que un político de peregrino ingenio decía al siguiente día.

—Preciso es convenir después de lo que hemos visto anoche en que los pronunciamientos han venido á menos.

Es verdad; pero éramos muchos los que nos habíamos hecho la ilusión de que habrían pasado á mejor vida; y yo que—lo confieso—no quiero mal á nadie, y creo que todas las ideas cuando son honradas merecen respeto, empezaba á creer que los beneficios de la cultura, de la civilización, nos ponía al abrigo de sucesos frecuentes hace veinte ó treinta años, rarísimos por fortuna en los tiempos actuales.

Los adversarios del gobierno le acusan de imprevisión: los amigos de los amotinados los acusan de torpeza.

Suponiendo que sean justas ambas acusaciones hay que reconocer que sin estas dos faltas el drama que acabó con el prólogo hubiera tenido muchos actos sangrientos.

El refrán lo dice: *no hay mal que por bien no venga.*

Sin meterme yo en donde no me llaman, sin afirmar, cosas que no me incumben en este sitio, si esta forma ó la otra es la mejor, el hecho es que el Domingo por la noche hubo

quien aspiró á cambiar el modo de ser de nuestro país.

Y todos, es decir todos los iniciados, estábamos tranquilos.

—Que va á haber jarana, decían algunos.

—¿Al ya ha pasado el tiempo de esas cosas!

—Se conspira activamente.

—Los ociosos tienen que ocuparse en algo.

—El día ménos pensado se arma la gorda!

—No lo crea V. todo el mundo sabe ya lo que tiene dentro.

—Hay militares comprometidos.

—Alguno que otro descontento.

—Se cuenta con soldados.

—Ríase V. de cuentos.

—El país no puede vivir así.

—El país no se mete en nada, está

desengañado, todo el que tiene algo

que perder sacrifica sus ideales á la

paz, profesa la teoría de lo malo conocido... ya no hay entusiasmo, ni

gênio, ni nada.... El que tiene que

comer, come, el que no tiene recur-

sos *tima*, oficio socorrido que en todas

las esferas se practica.

—Fíese V en la Virgen y no corra.

—Lo que le digo á V.

—Donde ménos se piensa—salta

la liebre.

—Ya no hay más liebres que las

que se cogen.

Y como por otra parte veíamos á

todas horas condenar los actos de

fuerza á los prohombres de los par-

tidos extremos, y les oímos asegurar

que solo á la razón, pedían el triunfo

dormíamos tranquilos sobre un di-

van, que ha podido ser muy bien de

lava por más que ha sido de guar-

dardropia.

El gobierno sabía que se conspi-

raba. La policía no se duerme, los de-

dos se le figuran huéspedes y por re-

gla general los ministros y los go-

bernadores son los que leen más ca-

pítulos sueltos de novela, es decir de

la novela que la imaginación de los

agentes de policía fragua, por que

los indicios dan alicientes á la fanta-

sía, otras por que el estómago aguza

el ingenio.

Pero lo que es el domingo por la

noche todos estábamos en el limbo,

es decir en el estado de perfecta ino-

cencia.

El día había sido magnífico! La

corrida de Beneficencia había lleva-

do al redondel á lo más animado y

distinguido de Madrid, el abono del

Real acusaba un aumento de prospe-

ridad, los valores subían en la Bolsa

que era un contento, todo sonreía.

Los teatros estaban llenos, los ca-

fés, de bote en bote.... Mis Ecos son

el terreno neutral donde los hom-

bres de más heterogéneas ideas pue-

den reunirse para echar una cana al aire, en el buen sentido ideal, es decir, en el de un solaz honesto y de buena compañía.

Pues bien aunque esta vez no sea para regocijarnos, sino todo lo contrario, pintemos un momento nuestras reflexiones y estremecámonos, como se estremecen los que han corrido un inminente peligro, después de pasarlo.

Pero mejor que yo lo pintaré, un caballero muy nervioso, muy pusilánime y de mucha imaginación que la otra noche en un salón donde se hablaba de lo que ha sido forzado asunto de las conversaciones indicaba lo que pudo pasar.

Figúrense ustedes, decía, que la sublevación hubiera estado dirigida no ya por un Bismarck, sino siquiera por uno de esos novelistas que surten á *La Correspondencia* y que también atan los cabos. Los revoltosos pudieron pasear por Madrid durante una hora ó hora y media lo ménos. Eran doscientos ó trescientos militares, amen de los paisanos, cuyo número se ignora, porque muchos hicieron la procesión del niño perdido. Si en vez de dirigirse á la Estación de Atocha, se meten en el Telégrafo central y comunican á toda España un triunfo imaginario, es la que en ménos de media hora hubieran podido realizar, pónganse ustedes en el caso de las autoridades de provincias.

Recibir la noticia por el conducto oficial, preguntar y recibir confirmación. Les digo á ustedes que no era de envidiar la situación de los que no tenían más remedio que pensar, que un golpe de mano, audaz y certero, había cambiado por completo el órden de cosas. La sorpresa es un formidable enemigo. Y luego que todos estamos acostumbrados á que suceda lo más inesperado, lo más difícil. ¡Vamos que lo que es un trastorno espantoso de consumo y á rio revuelto...! ¡Escalofríos me dan solo el pensar lo que ha podido suceder...! Sin contar con que los más sorprendidos habrían sido los amigos de los revoltosos. Han ocurrido dolorosas desgracias, pero en medio del pesar que nos causan debemos agradecer á la Providencia que en esta ocasión todos lo hayan hecho mal.

Los circunstantes tiritaban de frío al oír las consideraciones del aprensivo personaje.

—Juicio, mucho juicio con todos; fiar el triunfo de las ideas á su bondad y no á la fuerza, que es la parte de bestia que hay en el hombre; mucha cavilación; mucha ilustración, mucha paz, para que á su sombra prosperen las virtudes humanas y los intereses sociales: talento y hon-

radez en íntimo consorcio ante todo y sobre todo: hé aquí lo que puede salvar de cataclismos á los hombres de buena voluntad, cualesquiera que sean sus ideas y por lo tanto á los pueblos."

Esto no lo digo yo por más que lo pienso: lo dice el Sr. de Sentido Común, que suele andar siempre viajando por el extranjero y solo viene á visitarnos de vez en cuando para darnos el pésame por las tonterías que acostumbramos á cometer.

JULIO NOMBELA.

EL BRIGADIER VILLACAMPA.

Respecto á su captura, *El Resumen* dice lo siguiente:

"El general Moreno del Villar tuvo noticia de que el brigadier se hallaba oculto en el molino llamado de Aldehuela, del término de Noblejas.

Al punto fueron tomadas las convenientes disposiciones para rodear el edificio y cortar la retirada.

Las confidencias que pusieron sobre la pista á las tropas leales ofrecían toda clase de garantías de exactitud.

El molinero de Aldehuela parece que es hombre de conocidas ideas liberales é inclinado además, por sus generosos sentimientos y por el espíritu de nuestra gente de pueblo, á favorecer á los perseguidos de la política.

El brigadier Villacampa había huido por aquellos contornos, desapareciendo luego súbitamente.

Relacionándose fielmente estos hechos con las confidencias recibidas, fué registrado el molino, segun se dice, pero sin encontrar en él al fugitivo.

Añádese que entónces fué detenido el molinero, que se le interrogó cuidadosamente, y que aún cuando negaba de un modo categórico que el brigadier Villacampa estuviese oculto en su molino, el mismo interrogatorio produjo la convicción de que debía estar allí.

En virtud de este convencimiento se apeló á los recursos naturales de intimidación, logrando al cabo que el molinero de Aldehuela confesara ser cierta la presencia en su hacienda de un hombre que él no sabía quien fuera, pero que había llegado al molino en demanda de refugio y á quien por natural generosidad dió asilo el día ántes.

Entónces una nueva visita á la finca dió por resultado la captura del brigadier Villacampa, el cual se escondía en una cobacha estrecha y lóbrega, donde apenas parece creíble que pudiera estar un hombre.

Cuéntase que el fugitivo, sintien-